

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO

O CONTINENTALES

BT1106
F8
V2
1837



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
88744



Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonso

**DEFENSA
DEL CRISTIANISMO.**

DEL CULTO EN GENERAL.

NADA hay mas comun en el dia que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya porque ostentan ser incrédulos por sistema, ya porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamas hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su origen por medio del reconocimiento, y como si estuviesen fuera del imperio del árbitro soberano de todas las cosas, no siguen mas regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; mi-

008120

ran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazón, ó sea el culto interior rendido á la Divinidad, y tienen por prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas como los ritos sagrados y las fiestas religiosas.

Por desgracia la impiedad encontrará siempre un secreto y poderoso apoyo en la soberbia del entendimiento y en la depravacion del corazón. El hombre quiere siempre ser independiente y satisfacer todos sus apetitos; por esto resiste la idea de un Dios que le representa un ser que manda y quiere ser obedecido, y se irrita contra las doctrinas religiosas, porque reprimen sus inclinaciones. Las pasiones murmuran siempre contra el freno de la autoridad divina, é impacientes é indociles procuran romperle. El orgullo no reconoce superiores, ni aun iguales, y el mismo espíritu de rebelion que subleva algunas veces al vasallo contra el monarca, al hijo contra el padre, y al criado contra el señor, subleva tambien al hombre contra Dios; de modo que hay hombres irreligiosos por la misma razon que hay súbditos rebeldes é hijos ingratos. Dominado el hombre por su orgullo, se contempla á sí mismo con una secreta complacencia, solo se ve á sí propio en el uni-

verso, y á todo se antepone, hasta al mismo Dios; y por esto el orgullo es ya un principio de ateísmo. ¡Cuán arraigadas deben estar en el corazón del hombre las doctrinas religiosas y morales cuando han resistido á las pasiones siempre coligadas para destruirlas! Nada acaso prueba mas victoriosamente el imperio y necesidad de estas doctrinas que el corto número de impíos que de tarde en tarde se han atrevido á impugnarlas.

Parecia natural á primera vista que la impiedad estuviese confinada en las últimas clases del pueblo, y que solo los que sufren el peso del día y del calor, y comen únicamente un pan regado con su sudor y sus lágrimas, pudiesen sentirse inclinados á desconocer á un Dios, padre comun de los hombres, y á negarle los homenajes del reconocimiento. No ha nacido sin embargo la incredulidad en el seno de la indigencia; y si por desgracia no le es hoy desconocida, es indudable que ha descendido á ella desde mas alto. Las mas veces es el último de los excesos de un talento poseido de la altanería de la ciencia, y extraviado por la sutileza de sus pensamientos. Sí, señores, el primer grito de impiedad salió de la boca de los afortunados del mundo, de los grandes, de los ricos, de los

sabios, de los mas brillantes ingenios; y de este modo los mas favorecidos fueron los mas ingratos. Mi objeto pues en este dia seria sacarlos de su fatal olvido de la Divinidad, excitar en sus almas los sentimientos religiosos amortiguados, pero no extinguidos, y combatir esos sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente monstruoso de vivir sin tributar ninguna clase de homenaje á la suprema Magestad. Para ello sentaré las dos siguientes proposiciones: Primera, el hombre debe un culto á la Divinidad: segunda, este culto debe ser exterior y público. Segun vaya fijando por medio del racionio la sana doctrina sobre esta materia, os haré ver como el cristianismo la confirma y perfecciona: este será todo el asunto de la presente conferencia sobre el culto religioso.

Es indudable, señores, que tenemos deberes para con la Divinidad, y que uno de ellos es rendirle homenages, y en una palabra, un culto. De esta obligacion nos persuaden ya las primeras nociones de Dios y del hombre que hemos explicado en nuestros discursos precedentes, ó ya la consideracion de los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad. Si consultamos la razon, nos dirá que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud del

ser, y siendo el origen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados hasta la flor de los campos, sin ser mas grande en las cosas mas pequeñas, ni mas pequeño en las mas grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios en fin juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon mas sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal como el genero humano; que existia ya pura entre los hebreos, se halla mucho mas clara entre los cristianos, y aunque las supersticiones paganas pudieron obscurecerla, jamas ha llegado á *aniquilarse* en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, y que tenemos tanto mayor derecho á

dar por supuestos, cuanto hemos consagrado muchos discursos á establecerlos.

¿Y cómo dejaremos de ver que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á él? ¿Si es nuestro Criador, no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante que gozamos de ella un nuevo beneficio que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por regla de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si en fin ha de ser un dia nuestro juez, no será preciso que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

Supongamos por un momento que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; entón- ces estaríamos indubitablemente en esa inde-

pendencia absoluta de la Divinidad que el ateismo predica; y todo vínculo religioso seria una cadena vergonzosa y humillante que deberiamos apresurarnos á romper: tan solo en este caso, y no siendo Dios nada para nosotros, nos podriamos juzgar dispensados de todo deber y relacion con él; pero en la doctrina contraria de un Dios criador y conservador nuestro, debe ser muy diferente la conducta del hombre: nuestros deberes no pueden ser los mismos en estas dos creencias opuestas, pues cuando los principios están en contradiccion, deben estarlo igualmente las consecuencias; y por la misma razon que en la absurda y quimérica suposicion del ateismo no debe el hombre tener religion, es preciso que sea religioso en la creencia de un Dios.

Si fuésemos semejantes á los animales é incapaces como ellos de conocer á Dios, de admirarle en sus obras y penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios, estaríamos indudablemente como ellos en el caso de no rendir ningun homenaje al Criador; pero si estamos dotados de esta razon sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos cuanto somos, y en particular esa preeminen-

cia que hace al hombre rey de los animales, así como del resto de las criaturas, ¿no será una cosa indigna el querer que seamos tan indiferentes hácia la Divinidad como el animal que rumia y la planta que vegeta? Esto es querer que juntemos á la insensibilidad del bruto con relacion á los beneficios del Criador la vergüenza y el crimen de la ingratitud de que solo es capaz el ser inteligente.

Sin duda, señores, que siendo Dios feliz en sí mismo, no tiene necesidad de sus criaturas: no mas feliz por nuestros homenajes, ni mas desgraciado por nuestra rebelion, es muy distinto de los príncipes de la tierra que experimentan sensaciones íntimas de placer ó de pena por la fidelidad ó desobediencia de sus súbditos, y cuyo destino depende siempre mas ó ménos de las pasiones y de los caprichos de los pueblos. Por mas firmes y elevadas que esten las potestades de la tierra, pueden caer y perecer; pues cuanto ha hecho la mano del hombre está sujeto al imperio del tiempo. No sucede lo mismo respecto de Dios que es eterno. Nuestra indiferencia no puede alterar su felicidad, ni las blasfemias y la rebelion de todas las naciones coligadas podrian oscurecer su gloria, ni conmovier el trono de su grandeza.

Ciertamente no quiere Dios ser honrado por sus criaturas para ser mas feliz; pero Dios es la sabiduría y la equidad misma, y es por esencia el Dios del orden; quiere, aprueba y manda cuanto es conforme á la soberana razon, y condena cuanto se separa de ella: por lo tanto está en la naturaleza de las cosas que la criatura dependa del Criador, que Dios sea el fin de todo, como es su principio: y si no puede despojarse á sí mismo de su cualidad de Señor supremo, tampoco puede despojarnos de nuestra cualidad de súbditos suyos: somos la obra de sus manos, y su dominio sobre nosotros es inagotable, y se debe á sí mismo el no desprenderse de su imperio, porque no puede dejar de ser Dios. No es pues un sentimiento de orgullo exaltado, sino un sentimiento verdadero y profundo, ya de sus perfecciones divinas, ya de nuestra dependencia el que nos persuade que Dios quiere ser honrado por su criatura. Así está escrito: que el Señor ha hecho para sí cuanto ha hecho. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (1).

Es indudable tambien que Dios es infinitamente grande; pero no por eso creamos que no

(1) Proverb. XVI, v. 4.

se digne dirigirnos sus miradas, ó que nuestros votos, nuestras súplicas y nuestros homenajes no puedan llegar hasta él, atravesando el espacio inmenso que nos separa del trono de su eternidad. Estas serian ideas groseras nacidas de la limitacion de nuestro entendimiento, de las ilusiones de los sentidos, y de nuestra propension á extender al ser infinito y Rey inmortal de los siglos, ideas aplicables únicamente á los hombres y á las potestades de la tierra. Además, ¿por qué han de ser indiferentes á Dios nuestros homenajes? Si á pesar de su grandeza infinita no se ha desdeñado de criarnos, ¿por qué se ha de desdeñar de ocuparse de nosotros cuando este beneficio es una consecuencia natural del primero? Comunicandonos alguna parte de su vida, de su inteligencia y de su libertad, nos ha hecho á su imágen, y le somos tan queridos como lo es la obra al obrero que se complace en ver en ella la expresion sensible de su pensamiento. Sí, señores, el Criador ama en nosotros los dones que él mismo nos ha repartido; y siendo unos de ellos un entendimiento capaz de conocerle y un corazon capaz de amarle, es imposible que no acepte el homenaje de estas mismas facultades que hemos recibido de su bondad infinita. Tampoco creamos

que la multitud y prodigiosa variedad de nuestros votos y ofrendas fatiguen ó importunen á la Divinidad. Estas ideas son tambien aplicables aun á cuanto hay de mas grande sobre la tierra por el ingenio y el poder, porque aun allí se encuentra la debilidad humana, pero no á Dios que de una sola ojeada, y con un solo pensamiento, abraza el universo con la inmensidad de sus pormenores. Dios, dicen, es infinitamente grande; pero por eso mismo nada fatiga su ilimitado poder, y su fuerza está en su voluntad: dijo, y todo fué hecho. Los mas grandes monarcas del mundo serán siempre limitados en sus acciones como en sus luces, y nunca podrán conocer las súplicas y las necesidades de todos los individuos de un imperio inmenso: no así Dios ante quien el género humano es todo como un solo hombre, y á cuyos ojos el universo es como si no fuese.

Yo bien sé que el hombre comparado con su Dios es ménos que un átomo; pero para evitar toda exageracion, no olvidemos que hemos sido criados á la imágen misma del Criador; que ha estampado en nosotros la marca de sus perfecciones, y que por medio de sus comunicaciones inefables ha aproximado á sí lo que distaba de él tanto como la nada. Léjos de nosotros,

esa pueril idea de que Dios aprecia los objetos por sus masas y sus dimensiones: ¿qué son el sol y todos los astros con su brillo y su magnificencia? ¿qué son ante un ser inteligente que los conoce y mide sus órbitas y sus distancias, que se conoce á sí mismo, y puede conocer al autor de tantas maravillas? Y qué! cuando el mismo Dios me ha dotado del poder sublime de elevarme hasta él y de presentarme ante el trono de su Magestad, de ser á su lado como el embajador é intérprete de las criaturas inanimadas, ¿será posible que si guiado por el instinto de mi naturaleza llevo á sus pies el tributo de mi dependencia y el del resto de la creacion, le deseche y vea en él tan solo una loca audacia digna de su desprecio y de su enojo? No ciertamente, este no es el insulto de un temerario, es el homenaje de un hijo reconocido y de un súbdito fiel al padre mas tierno y al Monarca soberano cuyo trono es la justicia y la bondad. De este modo se descubren consultando la razon relaciones esenciales entre la criatura y el Criador; relaciones que nos imponen deberes tales que es imposible que el hombre sea racional sin ser religioso.

Pero para conocer aun mejor cuan esencial es á la naturaleza racional el culto religioso,

consultemos un momento el mas importante y mas sagrado interes de la humanidad. Lo que ante todo debe llamar nuestra atencion, es cómo la creencia en un Dios y en una providencia que gobierna este Universo, extendiéndose al mundo moral lo mismo que al mundo fisico, y que no es indiferente á los negocios humanos, ha sido mirada en todos tiempos y entre todos los pueblos como la mas saludable y la mas íntimamente enlazada con la civilizacion, la conservacion y la felicidad de las sociedades. Todos los legisladores la han puesto por base de sus instituciones, y todos han levantado sobre ella el edificio social: ¿y por qué la fe en un Dios y en una providencia que todo lo gobierna y es árbitro de nuestro destino es tan eminentemente útil, sino porque se enlaza con los sentimientos, con las acciones y la conducta de los hombres; porque está destinada á ser la regla de nuestros deberes, y porque inspirándonos alternativamente sentimientos de temor y de esperanza; es el motivo mas poderoso para excitarnos á cumplir con nuestras obligaciones, y á hacer los sacrificios que exijan de nosotros? ¿Qué importa en verdad colocar en lo alto de los cielos una Divinidad ociosa, tan insensible á los homenajes del que la adora, como á las

blasfemias del que la ultraja, á la cual yo no deba temer ni amar, adorar ni invocar, y que sea para mí como si no existiese? ¿Qué importa un conocimiento especulativo de la Divinidad si estamos dispensados de todo deber para con ella, y si es tan indiferente á nuestros afectos y á nuestra conducta, como aquellos personajes históricos cuya existencia es cierto que confesamos, pero á quienes nada absolutamente debemos? Entónces sí que sería Dios una abstraccion, un ser metafísico del que no necesitaria el género humano. Separad en efecto la creencia en Dios de toda obligacion para con él, y de todo homenaje religioso, y resultará un ateísmo práctico, es decir, el azote mas destructor de toda moral y de toda sociedad; y ved como los que sin impugnar abiertamente el dogma de la existencia de la Divinidad, rompen sin embargo los vínculos que nos unen á ella, son mas inconsecuentes y no ménos enemigos de los hombres que los ateos sistemáticos: nuestro interes pues así como nuestra razon nos inducen á rendir á la Divinidad homenajes de amor y de adoracion. ¿Y no deberemos pagarle continuamente este tributo? Su poder, su sabiduría y su bondad nos rodean por todas partes; en él tenemos el ser y la vida, y

aquí es donde podemos exclamar con el Profeta: „Adónde iré, Señor, para huir de vuestras miradas. Si subo á los cielos, os encuentro en ellos; si bajo á los abismos, allí tambien estais; si por la mañana tomo alas para volar á la extremidad de los mares, vuestra misma mano es la que me sostiene. Entónces dije, acaso las tinieblas me ocultarán; pero no, la noche se vuelve luminosa para descubrirme; las tinieblas son para vos como la luz del dia. Yo os alabaré pues, Señor, porque vuestra inmensidad brilla de un modo maravilloso; vuestras obras son admirables, y mi alma está toda penetrada de vuestra presencia (1).”

Nos resta examinar, si ademas del culto interno debemos tambien á la Divinidad un culto externo y público.

Yo bien sé, señores, que la sustancia de todo culto legítimo consiste en los homenajes interiores del espíritu y del corazón; que las exterioridades mas pomposas, las fiestas mas brillantes, y el mas magnífico aparato del culto exterior y público no son mas que un vano simulacro sin los sentimientos y las intenciones puras que le dan todo su valor y su mérito; que

[1] Ps. CXXXVIII, v. 7 y sig.

la Divinidad quiere principalmente reinar en el corazón, y que cuanto no contribuye á establecer en él su imperio, es solo una ilusión. Los sabios del paganismo conocieron estas verdades: así decia Zaleuco en el famoso prefacio de sus leyes, que se debia presentar á la Divinidad una alma exenta de manchas, y persuadirse que se la honra mas con la virtud que con pomposas ceremonias; y Plinio el jóven, en su célebre *Panegírico de Trajano*, decia que vale mas llegar al templo con una alma santa y pura que con cánticos compuestos con arte. Esta doctrina se enseñaba bien claramente entre los judíos, entre aquel pueblo inclinado sin embargo á poner una confianza excesiva en su templo y en sus ceremonias. No ignorais con cuanta vehemencia clamaba el Profeta Isaias contra estas falsas y engañosas apariencias. „Escuchad, decia con este motivo, prestad oído á la palabra de vuestro Dios. ¿Qué necesidad tengo yo, os dice por mi boca, de la multitud de vuestras víctimas? ¿Qué me importa la sangre de los machos cabríos y de los toros? „Abomino vuestro incienso, y aborrezco vuestras fiestas y vuestras solemnidades; cuando „extendais hácia mí vuestras manos suplicantes, „yo retiraré mis miradas. Purificad ante todo

„vuestros corazones, quitad de delante de mis „ojos la malicia de vuestros pensamientos, auxiliad al oprimido, haced justicia al huérfano, y „presentaos despues con confianza ante el Señor, vuestro Dios (1).” Es bien sabido, señores que el cristianismo vino á perfeccionar cuanto la razon y la ley de Moises tenían en esta materia de mas puro y mas sabio, y que su fin esencial es formar de todos los pueblos de la tierra un pueblo de adoradores en espíritu y verdad; pero no por evitar un exceso caigamos en otro que no seria ménos condenable ni ménos funesto. En vano nos dirán falsos sabios que no quieren mas culto que el del pensamiento, mas concierto religioso que el de una vida consagrada á hacer bien á los hombres, ni otro templo que la naturaleza. Todo esto es una vana hinchazon de palabras, y una orgullosa exageracion desmentida por la experiencia, la razon y el sentimiento.

Primeramente, la experiencia nos enseña que todos los pueblos, antiguos y modernos han sido mas ó ménos religiosos, y que se han visto como arrastrados por la fuerza de las cosas á rendir algun culto exterior á la Divinidad: gene-

(1) Isaiæ cap. I. v. 10 et seq.